

LA MORAL SEXUAL DE LA IGLESIA FRENTE A LAS MUJERES POBRES

GRACIELA PUJOL*

* Graciela Pujol participó del Curso-Taller: "La Mujer y el hombre de Hoy Ante Jesús de Nazaret". Es educadora popular uruguaya. Perteneció al movimiento "Católicas por el Derecho a Decidir". Este artículo es una parte de otro publicado en "Aportes" una hoja de difusión del mismo movimiento.



Muchas veces me había cuestionado como católica, la validez de la doctrina moral de la Iglesia en relación al matrimonio, la regulación de la natalidad, es decir, en todo lo concerniente a la sexualidad humana.

Largamente habíamos reflexionado con otras católicas y católicos sobre la pretensión de una única interpretación válida de los valores morales y evangélicos, para la diversidad de los pueblos y culturas en este momento histórico que nos toca vivir.

Sin embargo, fue al enfrentarme como trabajadora social a la vida de las mujeres de sectores populares, al compartir las angustias y miedos con que diariamente enfrentan su vida familiar, que vi con claridad la brecha que existe entre esa doctrina moral de la Iglesia y la realidad cotidiana.

Particularmente me tocó trabajar en una zona de tugurios de Montevideo, en la que se da una formación relativamente nueva de pobreza y marginación, en las cercanías del centro de la ciudad.

La realidad cultural del tugurio aunque tiene características comunes con otras formas de pobreza, tiene quizás un mayor grado de deshumanización.

Allí la familia presenta una conformación particular, es común que viva en una pieza única, que a veces comparte con otras personas sin un lazo de parentesco. Baño y cocina son de uso común de varias familias y hasta la cama se comparte. La promiscuidad en que viven obliga muchas veces a niñas y adolescentes a soportar en silencio distintos tipos de acoso sexual y violaciones, por ignorancia, miedo o vergüenza.

Son hogares donde la que da continuidad a la familia es la mujer, ella es la que se queda con los hijos, en general fruto de distintas uniones, y el hombre está transitoriamente.

El hombre, mientras permanece con una mujer, comparte las responsabilidades de los hijos propios o ajenos, pero cuando la abandona es común que no se vuelva a ocupar ni de sus propios hijos.

Para estas mujeres la maternidad tiene un sentido particular, es quizá el único rol que las dignifica, relegadas al mundo de la casa o a trabajos que viven como denigrantes. El ser madre es una afirmación de su identidad de mujer y les asegura que otros la necesiten y la amen. Los medios de comunicación refuerzan esa idea de la maternidad como lo más puro y sublime.



Sin embargo, cada hijo se convierte en una nueva carga difícil de sobrellevar en ese mundo de privaciones y un impedimento para poder trabajar al no contar con ningún tipo de ayuda social.

El embarazo es una amenaza permanente en sus vidas, le temen más que a nada y lo viven como algo que no se puede evitar. Viven la ambigüedad de temer un nuevo hijo, pero a la vez desearlo como una reafirmación de sí misma.

El hijo está también en el centro de la relación de la pareja y juega como lazo que "ata" el vínculo - el darle un hijo al hombre puede asegurar su permanencia -, pero cada nuevo hijo hace más difícil a la mujer cuando está sola reanudar una nueva relación de pareja.

El miedo a un nuevo embarazo se convierte en obsesión que les impide vivir la sexualidad en forma gratificante, y les hace imposible llevar una relación de pareja sin conflictos.

Estas mujeres a pesar de la dureza de sus condiciones de vida, dan muestras de una solidaridad difíciles de encontrar en otras clases sociales, como el caso de una mujer de la zona más marginada de su barrio, que teniendo nueve hijos propios adoptó dos más que habían sido abandonados en estado de desnutrición. Esta madre, a pesar del trajín diario, tenía casi todo el tiempo en brazos a los pequeños, porque a pesar de su "ignorancia" ella pensaba que además de alimen-

to esos niños para curarse necesitaban mucho afecto.

Contrariamente a lo que sucede en otros sectores sociales más acomodados estas mujeres tienen muchos más hijos de los que realmente pueden, aquí no se puede hablar de egoísmo en la transmisión de la vida, sino que son otras las problemáticas reales de estas familias.

La regulación de los nacimientos se les hace muy difícil, entre otras cosas porque no cuentan con el apoyo de los hombres en este tema, que dejan en sus manos el resolverlo, y cuando el embarazo es un hecho, dejan también que sean ellas quienes decidan qué hacer sin querer enterarse de lo sucedido.

El hombre entiende que es deber de su mujer el satisfacerlo sexualmente y a su vez ellas aceptan esa exigencia como precio a pagar por retenerlo a su lado.

Las mujeres a su vez tienen una gran ignorancia de las posibilidades de evitar la concepción de un nuevo hijo y la información fragmentada que les llega refuerza sus miedos, a lo que se suma las experiencias de fracaso por mal uso de los métodos anticonceptivos.

En un taller de sexualidad una mujer contaba que ella se cuidaba con el método de las fechas, no teniendo relaciones cuando podía quedar embarazada, sus compañeras le preguntaban asombradas cómo hacía para "aguantarlo" al marido en esos días prohibidos, pero cuando ella continuó su explicación nos dimos cuenta que se abstenía durante el período menstrual y algunos días antes y después, y mantenía relaciones en todo el período fértil.

Le costó mucho a la partera que coordinaba el taller convencerla de que no era así y aunque le explicaba detenidamente el fundamento del método, la mujer aseguraba que así le daba resultado y si lo hacía al revés iba a quedar embarazada.

Estas mujeres difícilmente recurren a una institución en búsqueda de asesoramiento para la regulación de la natalidad; y en su barrio la única ayuda que reciben - de un organismo del Ministerio de Salud Pública - consiste en el reparto indiscriminado de preservativos, - que los hombres se niegan a usar porque "no les gusta", o píldoras con diferente dosificación hormonal, dando como resultado un embarazo a pesar de que las píldoras estuvieran bien usadas.

Estas experiencias frustradas o paradójicamente el temor a los daños que les puede causar el uso de métodos anticonceptivos, las llevan muchas veces inevitablemente a abortar, en condiciones de extrema precariedad, poniendo en riesgo su vida.

El llegar al aborto les implica, además de vencer los sentimientos contradictorios que les genera, el enfrentarse a algo que es "ilegal" y donde la información es aún menor ya que se trata de algo prohibido y de lo que no se puede hablar. Esto refuerza la culpa de la mujer frente a este acto "delictivo", que se vuelve más penoso aún por no contar con los medios económicos para afrontarlo.

Saben, además, que si algo sale mal, ya no podrán recurrir al hospital, sin poner en evidencia su delito.

La ilegalidad del aborto hace, a su vez, que médicos o parteras que se atreven a realizarlo compensen el riesgo con una mayor ganancia, cobrando cifras de dinero imposibles de abordar para las mujeres pobres.

